

LA SANTIDAD DE LA VIDA CONYUGAL

(Reflexiones al margen sobre algunos puntos de *Camino*)

JOSÉ M. MARTÍNEZ DORAL

Desde que *Camino* se compuso, hace ahora casi medio siglo, multitud de esposos y de padres cristianos —no menos que otras muchas personas en circunstancias diferentes— han encontrado en sus páginas, —condensados en «puntos» ardientes e incisivos—, estímulos muy poderosos para vivir en medio del mundo las exigencias de la vocación cristiana. En las páginas que siguen, no se pretende desarrollar, desde el principio hasta el final, la doctrina sobre el matrimonio que se contiene en *Camino*, sino ofrecer algunas reflexiones sobre esa doctrina, sugeridas por el carácter sorprendentemente actual de sus exigentes y alentadoras recomendaciones. En un momento en que el matrimonio y la familia sufren en todo el mundo los embates de una opinión pública desorientada y carente de horizontes, perjudicial en tantos aspectos al verdadero bien de la humanidad y de los hombres, las palabras de *Camino* ofrecen un panorama reconfortante que bien vale la pena considerar con atención respetuosa —«voy a remover tus recuerdos para que se alce algún pensamiento que te hiera» (*Camino*, Introducción)— y con ilusionada esperanza.

1. *El matrimonio, camino de santidad*

«¿Te ríes porque te digo que tienes vocación matrimonial? -Pues la tienes: así, vocación (...)» (*Camino*, 27).

Hoy está ya definitivamente claro que el matrimonio es un camino de santidad¹.

Ocorre muchas veces que para que una verdad se imponga y sea ampliamente reconocida por la conciencia popular, hace falta el paso del tiempo; algo así como un proceso de maduración o de clarificación progresiva de una idea que al principio no se capta con toda la potencia de su luz. Hace falta, sobre todo, que esa verdad sea vivida por algunas personas que le abran el camino «al golpe de sus propias pisadas»². Entonces, al cabo del tiempo, aquella verdad, al principio captada borrosamente, se impone en todas partes, arraiga profundamente en el alma de las gentes y termina por ser una convicción comúnmente aceptada que se reconoce sin la menor vacilación.

Esto ha sucedido en la Iglesia con la santidad del matrimonio cristiano. Que el matrimonio es una institución divina, una cosa santa que abre ante los esposos un panorama de mutuo perfeccionamiento y de unión con Dios, es una verdad anunciada por el mismo Señor, consignada en el Evangelio y que la doctrina de la Iglesia ha mantenido siempre. Sin embargo, en la conciencia popular —casi con la única excepción de los primeros tiempos cristianos— no termina de ser algo completamente limpio —si es que no se trata de algo verdaderamente impuro— y que por lo tanto, las posibilidades de santificación que otorga el matrimonio a los esposos son tan escasas que más bien podría decirse lo contrario: la vida de matrimonio y las preocupaciones familiares constituyen un obstáculo, prácticamente insuperable, para la unión con Dios.

Es verdad que esta creencia ha sido siempre enérgicamente desmentida por la vida matrimonial y familiar de muchos hombres y mujeres que en ese estado han vivido con una altísima perfección sobrenatural y que la Iglesia venera como santos. Pero durante mucho tiempo esto no ha sido obstáculo para que siguiera extendida la idea de que el matrimonio no es un camino bueno para la santidad: los santos casados despiertan la admiración —es algo excepcional y casi extraño lo que ellos han vivido— pero todo el mundo reconoce que no es posible, para un cristiano corriente, intentar su imitación.

Afortunadamente, las cosas han cambiado bastante en nuestros días. Como si aquel proceso de progresiva clarificación hubiera llegado a su término más alto, la idea de la santidad del matrimonio ha surgido finalmen-

1. Cfr. *Lumen gentium*, 11; *Gaudium et spes*, 48.

2. Cfr. *Camino*, 928.

te a plena luz. Cada vez se extiende más deprisa en la conciencia de la gente, la íntima convicción de que es posible en el matrimonio la perfección de la vida. Y cada vez son más numerosos los esposos cristianos que abordan su matrimonio con la seguridad de estar respondiendo a una vocación divina y que intentan en consecuencia, audaz y humildemente, realizar en su vida de casados una obra de perfección sobrenatural. Estos hombres y mujeres están abriendo el camino nuevamente a la santidad del matrimonio y haciendo que penetren hasta lo más hondo de la conciencia de los hombres las grandes verdades que forman la sustancia de la vida conyugal. Hoy se sabe cada vez mejor que la castidad matrimonial es auténtica, puesto que no hay nada en el matrimonio de que tenga que avergonzarse el cristiano; hoy se comprende con mayor profundidad que el amor entre los esposos es algo bendecido por Dios, que lleva a El y proporciona un cauce humanísimo para el amor divino. Hoy se entiende bien que la vida familiar es un campo donde Dios está presente y donde a través de los acontecimientos ordinarios la llamada del Señor llega hasta la vida de cada uno de los hombres. En resumen: hoy está ya definitivamente claro que el matrimonio es un camino de santidad.

Cuando Jesucristo Nuestro Señor instituyó el Sacramento del Matrimonio, introdujo en el mundo algo completamente nuevo. No es que con su institución viniera a destruir el matrimonio simplemente natural, pero la transformación que en él obró fue de tal importancia que convirtió el matrimonio —como el agua de Caná— en algo hasta aquel momento insospechado. «He aquí que Yo hago nuevas todas las cosas», dice el Señor³. Desde entonces, desde el nacimiento del matrimonio cristiano, éste sobrepasa el orden de las cosas naturales y se introduce en el orden de las cosas santas.

El matrimonio no cristiano también es algo lleno de grandeza, al menos cuando las leyes de su íntima constitución son lealmente respetadas; también allí el poder creador de Dios se asocia a la obra de los padres y también el auxilio amoroso del Señor conforta la fidelidad de los esposos que de otro modo sería inexplicable. Pero el ideal propuesto por Cristo a los casados está infinitamente por encima de una meta de perfección solamente humana y respecto del matrimonio natural se presenta como algo rigurosamente nuevo. Efectivamente: a través del matrimonio es la misma *vida divina* la que se comunica a los esposos, la que los sostiene

3. Cfr. Ap 21, 5.

en su obra de perfeccionamiento mutuo y la que tiene que animar, desde el momento del bautismo, el alma de los hijos.

Lo que caracteriza después de Cristo al matrimonio es ser la unión de un hombre y una mujer renovados interiormente por la gracia y comprometidos en la empresa de santificarse el uno al otro. Una unión que tiene por fin suscitar abundantemente nuevas vidas, destinadas también a la santidad. Este es el punto central en la doctrina del matrimonio, lo que constituye la radical novedad introducida por Jesucristo al hacerlo Sacramento y también la causa más profunda de su dignidad.

Ya se comprende que si este carácter fundamental del matrimonio se desconoce o se rechaza, el matrimonio cambia de aspecto; si se niegan o se olvidan estos vínculos divinos, el matrimonio se degrada: lo que debiera tener una fuerza y un vigor incomparables pierde aliento, decae de su dignidad y se convierte en algo sin valor, que unas veces se presenta como una institución simplemente pintoresca y otras veces como una carga insostenible.

Ahora bien, entre grandes multitudes, la afirmación de que el matrimonio tiene un carácter divino, resulta una afirmación extraña. O porque no se entiende qué pueda ser el mundo de las realidades sobrenaturales o porque se está decidido a prescindir de Dios, de Cristo y de la Iglesia al intentar la ordenación de las cosas de los hombres. Entre esas personas, el matrimonio es un negocio simplemente humano y no cabe imaginar que pueda ser de otra manera: Jesucristo no tiene en él ninguna intervención.

Este malentendimiento de lo que es el matrimonio en su más profunda esencia produce como consecuencia natural las más diversas opiniones sobre la vida conyugal y familiar. Opiniones contradictorias, confusas, abonadas por argumentos míseros que no tienen fuerza ni valor de convicción. Opiniones sobre la firmeza del vínculo conyugal, sobre las relaciones sexuales, sobre la educación de los hijos, que no logran satisfacer el deseo de muchas personas de conciencia recta de justificar sólidamente ante su propia razón una conducta equívoca: una conducta en la que no se ve con claridad más que el egoísmo que la inspira. Otras veces estas consecuencias van aún más lejos. Y tratan de sustituir la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio y la familia por el aborto, la libertad sexual, el control de la natalidad por cualquier medio, el divorcio y la educación estatal.

Como en tantas otras cosas, es necesario ahogar todo este mal en abundancia de bien, elevar la temperatura espiritual de grandes masas de

gentes para que puedan ser captados los graves malentendidos del matrimonio y abrir paso a la exigente enseñanza de Jesús sobre la vida conyugal. Y aquí es justamente donde aparece una gran tarea para los esposos cristianos: es preciso que ellos sepan vivir de tal manera la santidad del matrimonio que su vigor sobrenatural desborde los límites de la propia familia y contribuya a extender en círculos cada vez más amplios la elevación humana y divina de la vida matrimonial. Felizmente la afirmación del carácter santificador del matrimonio está siendo cada vez más claramente comprendida entre un número creciente de casados cristianos en todos los países. Si esa conciencia de la santidad matrimonial es suficientemente lúcida, tendrá fuerza para hacer del propio hogar algo lleno de luz y de alegría; pero tendrá fuerza además para comunicar esa misma alegría y esa luz a los que no se han enterado todavía —por más que esté ya definitivamente claro—, que el matrimonio es un camino de santidad.

En esta feliz recuperación del sentido vocacional del matrimonio —anticipándola en muchos de sus aspectos— se inscribe, desde hace ya algún tiempo, la doctrina y la obra de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Con ese estilo rotundo y, al mismo tiempo, lleno de matices que caracterizó desde el principio los escritos del autor de *Camino*, en un documento posterior a este libro desarrolla de la siguiente manera lo que había formulado incisivamente en el punto 27 de *Camino*: «El matrimonio está hecho para que los que lo contraen se santifiquen en él y santifiquen a través de él: para eso los cónyuges tienen una gracia especial, que confiere el Sacramento instituido por Jesucristo. Quien es llamado al estado matrimonial encuentra en ese estado —con la gracia de Dios— todo lo necesario para ser santo, para identificarse cada día más con Jesucristo y para llevar hacia el Señor a las personas con las que convive. Por eso pienso siempre con esperanza y con cariño en los hogares cristianos, en todas las familias que han brotado del sacramento del matrimonio, que son testimonios luminosos de ese gran misterio divino —‘sacramentum magnum’ (Eph. 5, 32), ‘sacramento grande’— de la unión y del amor entre Cristo y su Iglesia. Debemos trabajar para que esas células cristianas de la sociedad nazcan y se desarrollen con afán de santidad, con la conciencia de que el sacramento inicial —el Bautismo— ya confiere a todos los cristianos una misión divina, que cada uno debe cumplir en su propio camino.

Los esposos cristianos han de ser conscientes de que están llamados a santificarse santificando, de que están llamados a ser apóstoles y de que su primer apostolado está en el hogar. Deben comprender la obra sobrenatural que implica la fundación de una familia, la educación de los hijos, la irradiación cristiana en la sociedad. De esta conciencia de

la propia misión dependen en gran parte la eficacia y el éxito de su vida: su felicidad.

Pero que no olviden que el secreto de la felicidad conyugal está en lo cotidiano, no en ensueños. Está en encontrar la alegría escondida que da la llegada al hogar; en el trato cariñoso con los hijos; en el trabajo de todos los días en el que colabora la familia entera; en el buen humor ante las dificultades, que hay que afrontar con deportividad; en el aprovechamiento también de todos los adelantos que nos proporciona la civilización para hacer la casa más agradable, la vida más sencilla, la formación más eficaz.

Digo constantemente a los que han sido llamados por Dios a formar un hogar, que se quieran siempre, que se quieran con el amor ilusionado que se tuvieron cuando eran novios. Pobre concepto tiene del matrimonio —que es un sacramento, un ideal y una vocación— el que piensa que el amor se acaba cuando empiezan las penas y los contratiempos que la vida lleva siempre consigo. Es entonces cuando el cariño se enreca. Las torrenceras de las penas y de las contrariedades no son capaces de anegar el verdadero amor: une más el sacrificio generosamente compartido. Como dice la Escritura, *aquae multae* —las muchas dificultades, físicas y morales— *non potuerunt extinguere caritatem* (Cant. 8.7), no podrán apagar el cariño»⁴.

2. Amor humano y matrimonio

«Todo lo que se hace por Amor adquiere hermosura y se engrandece». (*Camino*, 429)

Ha sido siempre gran preocupación de la Iglesia centrar la vida conyugal sobre el amor. A la constitución de un matrimonio feliz concurren una porción de elementos —algunos de no fácil hallazgo y posesión— todos los cuales han de ser tenidos muy en cuenta: el ingrediente principal, aquello que no puede faltar en modo alguno, lo que forma la sustancia y el alma de una vida familiar, es, para la Iglesia, el amor. Pero bajo este bello nombre se ocultan realidades tan distintas...

La Santa Iglesia entiende por amor, aquello que es capaz de superar definitivamente cualquier clase de egoísmo. Mientras buscamos de modo principal nuestra propia felicidad, subordinando a ella todo lo que vamos

4. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid 1985, n. 91.

encontrando a nuestro paso, no podemos decir que conocemos el verdadero rostro del amor. Cuando amamos a las personas o las cosas por la satisfacción que aquello nos produce o porque pensamos complacidos que su posesión nos enriquece, tampoco hemos descubierto la profunda realidad que es el amor. Y aún nos puede suceder que imaginamos estar amando realmente —tal es el gozo que nos regala la presencia del amado y la facilidad que hallamos en nosotros para sacrificarnos por el otro— cuando lo que estamos haciendo es servir del modo más implacable a nuestra propia necesidad de compañía o de consuelo. Ninguna de esas cosas es amar.

Siempre que hemos acertado a hacerlo, lo que ocurre es que ¡por fin! nos decidimos a prescindir de nuestro propio yo, nos entregamos por entero y el cuidado de nuestra personal felicidad pierde definitivamente el primer rango para ser gloriosamente sustituida por la felicidad de los que amamos. En ese instante, al cumplirse esa cosa tan sencilla, es cuando un hombre llega finalmente a saber qué es el amor.

Para cualquier hombre que ha experimentado un amor verdadero —por limitado e imperfecto que haya sido— aquel amor constituye la experiencia humana más importante de su vida. No la cambiaría por nada, sabe que a través de aquel amor muchas cosas han sido ganadas quizá ya para siempre y que una elevación de sí mismo ha tenido lugar, porque es cierto que al hacer que el hombre se olvide de sí mismo y ponga su felicidad en la felicidad del otro, el amor consigue que hasta el más mediocre de los hombres deje de ser mediocre cuando realmente ama.

Por eso, la equivocación más lamentable sobre la verdadera naturaleza del amor, consiste en imaginar que la persona amada pueda ser nada más un instrumento para la propia y personal felicidad. Hay muchas cosas que fundamentan todo su poder de atracción sobre nosotros en que son capaces de satisfacer una necesidad o un deseo subjetivo. Ellas, por sí mismas, es decir, independientemente de su posibilidad de satisfacer nuestros deseos, no tienen importancia. Pero hay en cambio otras cosas —un verso del Dante, una doctrina grande y verdadera, una conducta noble— que, al margen de su posible relación con nuestra vida, tienen importancia por sí mismas. Pues bien: las primeras pueden ser consideradas siempre como puros instrumentos, como medios para nuestro placer o nuestro perfeccionamiento. En cambio, las otras tienen valor por ellas mismas y sólo nos procuran encanto y alegría si en lugar de intentar poseerlas para enriquecernos, nos dejamos conquistar y arrebatar por ellas. ¿Qué sucede, en efecto, si buscamos esas cosas solamente porque contribuyen a nuestra armonía interior o porque pensamos que nos ayudan a esculpir la estatua

de nosotros mismos? Sucede que, como esas cosas nos sobrepasan, si nos negamos a ser tomados por ellas y queremos ser sus dueños, las empequeñecemos, las reducimos a nuestro tamaño y perdemos sin remedio la posibilidad de lograr la plenitud que podrían realmente procurarnos.

El amor tiene que ver con estas cosas. El amor no tolera que la persona amada tenga importancia sólo porque hace la felicidad del que ama. El amor no soporta que esa persona se convierta en un simple instrumento para lograr consuelo, gozo o perfección. Ella tiene importancia por sí misma y por sí misma debe ser buscada. El amor no es, no puede ser una prolongación de nuestro propio yo, sino una donación, una entrega de nosotros mismos a la persona amada.

Al fin y al cabo es de un amor así del que nuestro corazón siente nostalgia. De un amor perfecto que ha terminado por vencer todo egoísmo. Es cierto que no podemos dejar de amarnos a nosotros mismos, que no podemos triturar de un modo extraño e inhumano nuestro deseo de felicidad. Pero ese amor a nuestro propio yo no está al principio del camino, como pretende enseñarnos una sabiduría de escasos horizontes, sino al final. La caridad bien entendida no empieza por uno mismo, sino por los demás. Lo que sucede es que al buscar primero, antes que nada, la felicidad de los que amamos, nos encontramos con nuestra propia dicha, inesperadamente, como por un regalo. La felicidad personal que apetecemos, a la que no podemos renunciar, no se la encuentra cuando se la busca, sino cuando buscamos —obstinadamente, inteligentemente— la felicidad de los demás. Cuando se ama de verdad, es decir, cuando la obsesiva preocupación por la propia felicidad cede gustosamente el paso a la preocupación por la felicidad ajena, entonces, como un resultado imprevisto y no buscado, se logra también la propia plenitud. Aquí se cumple la palabra del Señor: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura»⁵ o aquella otra: «El que pierda su vida, la encontrará»⁶.

No se trata pues, de oponer el amor a la felicidad, como si fueran dos cosas mutuamente incompatibles, como si cualquier logro de felicidad mancillara inevitablemente un amor puro. Ese es un pensamiento extraño y monstruoso que deriva de grandes marañas y complicaciones interiores. Pero mucho menos se trata de confundir la felicidad con el amor, como si nuestro corazón no deseara con todas sus fuerzas librarse de la preocu-

5. Mt 6, 33.

6. Mt 16, 25.

pación de sí y amar a las personas y las cosas, por lo que son en ellas mismas y no porque a él le proporcionen dicha.

De esto se trata, pues: de ir venciendo día a día el egoísmo, de hacer que la alegría nos invada porque amamos, de conocer esa profunda felicidad que nos espera si un gran amor en nuestra vida consigue que nos demos.

¿Pero puede el hombre, en realidad, conseguir esa elevada meta? Este hombre carnal, capaz de entusiasmarse con grandes ideales y capaz al mismo tiempo de traicionarlos una y otra vez en su conducta, este hombre que somos cada uno de nosotros, ¿puede realmente llegar a amar de esa manera? El sólo no. Hay demasiados enemigos fuera y demasiada debilidad por dentro para que él sólo, por su propia cuenta, pueda librarse de la obsesión implacable de su dicha. También el amor del hombre necesita ser redimido. Necesita que Alguien que ama con pureza consolide ese amor, lo libere de su propia debilidad y de sus limitaciones, le dé fuerza bastante para poder entregarse por completo. El amor verdadero, allá donde se encuentra, es siempre amor rescatado por Cristo. Y para que nuestro amor, imperfecto y tan necesitado de mejora logre su plenitud, nos es necesario implorar la gracia de Jesús, esperar de El, que amó a los suyos hasta el fin, un Amor perfecto.

No es pues un amor simplemente humano el que la Santa Iglesia quiere poner en la base de la vida familiar, aquello que no puede faltar en modo alguno y que constituye la atmósfera, el alma y la sustancia de la vida conyugal. El carácter sacramental del matrimonio impide que identifiquemos este amor con un afecto solamente humano y nos hace sentir que el amor del que la Iglesia habla es de más subido precio que el sentimiento que es capaz de brotar de nuestros pobres corazones.

Gran preocupación de la Iglesia, decíamos, ha sido siempre centrar la vida conyugal sobre el amor. Pero sobre un amor humano renovado, alimentado por un Amor eterno. Este sí que es el centro y raíz del matrimonio; lo que permite que todos los otros elementos —la unión de los cuerpos, la unión de las personas y las vidas, la fecundidad, la vida familiar, la fidelidad de los esposos— puedan ser comprendidos en toda su importancia y puedan ser gozosamente realizados.

En una homilía navideña del año 1970 sobre el matrimonio, el autor de *Camino* resume, aplicándolo a situaciones comunes de la vida, lo que ha enseñado durante muchos años sobre el carácter central del amor humano en el matrimonio de los cristianos y el sentido divino que

ese amor —con la fuerza transfiguradora de la Gracia— está llamado a alcanzar:

«El amor puro y limpio de los esposos es una realidad santa que yo, como sacerdote, bendigo con las dos manos. (...) El Matrimonio es un sacramento que hace de dos cuerpos una sola carne; como dice con expresión fuerte la teología, son los cuerpos mismos de los contrayentes su materia. El Señor santifica y bendice el amor del marido hacia la mujer y el de la mujer hacia el marido: ha dispuesto no sólo la fusión de sus almas sino la de sus cuerpos (...) Nuestra fe no desconoce nada de lo bello, de lo generoso, de lo genuinamente humano que hay aquí abajo. Nos enseña que la regla de nuestro vivir no debe ser la búsqueda egoísta del placer, porque sólo la renuncia y el sacrificio llevan al verdadero amor: Dios nos ha amado y nos invita a amarle y a amar a los demás con la verdad y con la autenticidad con que El nos ama.

(...) No olvidéis que entre los esposos, en ocasiones, no es posible evitar las peleas. No riñáis delante de los hijos jamás: les hacéis sufrir y se pondrán de una parte, contribuyendo quizá a aumentar inconscientemente vuestra desunión. Pero reñir, siempre que no sea muy frecuente, es también una manifestación de amor, casi una necesidad. La ocasión, no el motivo, suele ser el cansancio del marido, agotado por el trabajo de su profesión; la fatiga —ojalá no sea el aburrimiento— de la esposa, que ha debido luchar con los niños, con el servicio o con su mismo carácter, a veces poco recio; aunque sois las mujeres más recias que los hombres, si os lo proponéis.

Evitad la soberbia, que es el mayor enemigo de vuestro trato conyugal: en vuestras pequeñas reyertas ninguno de los dos tiene razón. El que está más sereno ha de decir una palabra que contenga el malhumor hasta más tarde. Y más tarde —a solas— reñid, que ya haréis enseguida las paces»⁷.

3. *La castidad matrimonial*

«Hace falta una cruzada de virilidad y de pureza que contrarreste y anule la labor salvaje de quienes creen que el hombre es una bestia. Y esa cruzada es obra vuestra». (*Camino*, 121).

7. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Madrid 1979, nn. 24 y 26.

Los esposos cristianos que están convencidos de la increíble eficacia apostólica que pueden llegar a tener sus propias vidas, encuentran en este terreno de la castidad matrimonial una hermosa tarea que cumplir. Probablemente no hay otro campo de la conducta cristiana en que sea más urgente la necesidad de sólidas convicciones, ya que es en este punto donde la opinión de los hombres se muestra más vacilante y donde resulta más fácil la propagación de las ideas falsas. Cuántas veces se interpreta torcidamente la doctrina de la Iglesia como si quisiera echar sobre los hombros de sus hijos cargas insoportables y cuántas veces los propios hijos de la Iglesia se dejan seducir por opiniones que no son compatibles con la palabra del Señor. Tener pues, una justa posición doctrinal en estas materias e imponerse la tarea de vivir limpiamente el matrimonio ha de ser —es ya por la gracia de Dios— una santa ambición para los esposos.

El cristiano contempla las realidades de la carne y de la vida corporal, sin actitud ninguna de desprecio. El cristiano no está en contra del cuerpo, ni del sexo, como no está en contra del alma ni del mundo o de la vida; no está en contra de nada o por mejor decir está sólo en contra del mal que es nada.

El cristiano sabe que el cuerpo ha sido creado por Dios, redimido por Cristo y que es templo vivo del Espíritu Santo, que está llamado a la resurrección final y al triunfo eterno en el cielo. ¿Cómo podría alimentar ninguna actitud de desprecio hacia una realidad de tan subido valor y tan glorioso destino? Cuando algunos cristianos —hijos por otra parte de su época— han creído que el hombre se agota en el alma y que todo lo que en él no es espíritu, es cosa vergonzosa y despreciable, han pagado el tributo a los prejuicios y las equivocaciones de su ambiente, pero se han apartado manifiestamente de la doctrina de la Iglesia. Han dado lugar quizás al exceso contrario, porque, como se ha observado justamente, cuando una realidad inferior pretende ser aniquilada, ella no se limita solamente a reclamar sus derechos sino que trata a su vez de negar la realidad que la oprime; no quiere únicamente recuperar el puesto que le corresponde sino que expulsa del suyo a quien ha pretendido aniquilarla y la sustituye por completo. Esto ha podido suceder probablemente con el desprecio de las realidades de la carne. Después de mucho tiempo de pensar que el hombre acaba en el alma, el cuerpo se revuelve contra ella y la niega del todo: el hombre no es sólo alma, se dice, es sólo cuerpo. Pero insisto; estas cosas dependen de la época y no tienen que ver con la vieja y siempre actual doctrina de la Iglesia. Esta ha partido siempre de la palabra del Señor, no de fluctuantes opiniones, y ha enseñado a los hombres

el valor incluso sobrenatural de estas humildes realidades que si han de ser dominadas, deben ser, antes que nada, respetadas.

La vida del cuerpo y concretamente todo lo relativo al dominio sexual es pues algo ordenado a Dios. El hombre no puede, si no quiere ponerse en desacuerdo con las intenciones divinas, negarlo o despreciarlo. «Díjose entonces Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre las bestias y sobre la tierra y cuantos animales se mueven en ella. E hizo Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo hizo y los hizo hombre y mujer; y los bendijo Dios diciendo: creced y multiplicaos y llenad la tierra y sometedla. Y vio Dios que era bueno cuanto había hecho»⁸. Desde estas antiquísimas palabras del Génesis aparece ya la unión de los sexos como algo establecido directamente por el Creador y como una cosa «buena».

Todo esto es muy claro. Y sin embargo conviene repetirlo, no sólo para rectificar las interpretaciones equivocadas de la doctrina católica sino sobre todo para corregir la falsa mentalidad de muchos cristianos: el sexo no es un invento del demonio, una despreciable realidad cuya función puede admitirse en la vida conyugal únicamente para que no desaparezca la humanidad sobre la tierra.

Ahora bien, la convicción de la excelencia de estas realidades no puede hacernos olvidar que lo sexual, que no es una obra del demonio, puede muchas veces convertirse en la puerta de entrada del enemigo. Una justa posición cristiana sobre el valor de las realidades sexuales no es el bobalicon optimismo del que piensa que no hay en el hombre fuerzas oscuras y gérmenes de muerte y que el frágil tesoro de la Santa Pureza no lo custodiamos en vasos de barro. Un cristiano sabe que el «cuerpo de muerte» clama demasiadas veces por sus fueros perdidos y que no se contenta nunca con ejercer su actividad sino que pretende sumergir a todo el hombre en su dominio. El cristiano ha de cultivar en este punto un fuerte sentido de la realidad y, sin exagerar las dificultades de la guarda de la pureza, pedir humildemente ayuda a Dios y custodiarla con delicadeza y con vigor.

¿Existe, pues, una castidad matrimonial? Por supuesto. Ni la castidad acaba con el matrimonio, como si a los esposos todo les estuviese permitido, ni el matrimonio se hace imposible con la castidad, como si para vivir

8. Gen 1, 26 ss.

la pureza en la vida conyugal fuera preciso renunciar al ejercicio de la sexualidad. Hay una castidad que es típica del matrimonio y que requiere para ser guardada un gran respeto por el otro cónyuge, un amor fuerte y lleno de ternura y un gran amor a Dios. Detengámonos un momento en cada una de estas tres disposiciones, que representan la actitud interior necesaria para la práctica de la pureza del matrimonio.

En primer lugar, decimos, el respeto. Todo lo que se relaciona con la esfera sexual y especialmente la entrega suprema que representa el encuentro corporal, forma parte de lo que podría llamarse el secreto de cada persona, aquello que cada uno siente de modo más íntimo y cuya entrega supone el máximo descubrimiento del misterio personal. Es un mundo que instintivamente se tiende a ocultar a los demás. No porque se crea que constituye algo pecaminoso o que es un mundo grotesco o despreciable sino al revés, porque se presiente su misteriosa profundidad. Lo mismo que se experimenta un cierto malestar cuando es preciso revelar a los extraños determinados sentimientos sumamente personales que se manifiestan sin obstáculos en un ambiente de amistad, el descubrimiento de ese íntimo secreto a otras personas sólo puede llevarse a cabo en una atmósfera amorosa. Fuera de ella, el hombre de alma recta se resiste a poner de manifiesto su secreto, y aun dentro de esa atmósfera sabe respetar el misterio que siempre representa la persona del otro. En el matrimonio, en efecto, ese mundo que se oculta cuidadosamente a las miradas ajenas, se desvela para el otro cónyuge, se cumple de ese modo una entrega porque los esposos se inician mutuamente en el secreto de sus vidas al hacerse donación recíproca de sí mismos, pero jamás desaparece ese elemento de respeto que consigue penetrar las relaciones más carnales de una especial delicadeza. Toda la valía de un hombre o de una mujer se pone en juego aquí; porque es preciso acertar —del modo indecible que sólo el amor puede hacernos conocer— a la entrega de sí y aceptar la entrega corporal del otro, sin olvidar jamás el carácter profundo y misterioso de las cosas que trata.

La segunda condición para la castidad matrimonial es el amor. Acabamos de ver cómo aparece ya, formando la atmósfera que hace posible y delicada la desvelación del misterio personal. Pero el amor es por muchos más motivos la mejor garantía de la pureza conyugal. La utilización de la fuerza sexual incluso del modo más legítimo dentro del matrimonio, puede representar una amenaza concreta para la serenidad del alma ante Dios. Al despertar la vida corporal ordinariamente adormecida, el espíritu corre el peligro de ser absorbido y arrastrado a las zonas oscuras de una sexualidad descontrolada. Pero cuando la unión sexual es el cumplimiento

y la expresión de un gran amor, no hay ningún miedo de que ese peligro se consume. El amor es el más profundo de nuestros actos espirituales y es capaz por eso de mantener la serenidad y la soberanía del alma, hasta cuando se ejerce el más intenso de los actos corporales.

Por otra parte, el ennoblecimiento de que está tan necesitada la sexualidad es también cosa del amor. El amor consigue que las relaciones conyugales, sin dejar de ser carnales, se revistan, por decirlo así, de la nobleza del espíritu y estén a la altura de la dignidad del hombre. El pensamiento de que la unión sexual está destinada a suscitar nuevas vidas tiene un asombroso poder de transfiguración, pero la unión física sólo queda verdaderamente ennoblecida si procede del amor y es expresión de amor. Tan sólo el amor crea: el de Dios, que es el principio creador del mundo; y el del hombre, al hacer que un nuevo ser proceda del acto procreador de otros dos seres hechos uno solo por amor. El poder de Dios se manifiesta siempre juntamente con su Amor; por eso quiere que al engendrar nuevas vidas los esposos colaboren con El, no sólo en la obra de su fuerza sino sobre todo en la maravillosa obra de su amor. Imaginemos que faltara este afecto conyugal. Entonces la unión física, aun realizada con vistas a la fecundidad no dejaría de tener la aspereza de lo que se hace «por cumplir» y no sería difícil que todo terminara por quedar reducido a algo indigno del hombre, a una unión animal gobernada sólo por el puro instinto. El amor en cambio, eleva todas estas cosas y hace de la sexualidad, que por sí misma es algo extraño a los destinos del alma, una fuerza capaz de alimentar la vida en lo que tiene de mayor delicadeza espiritual.

Es imposible, pues, en el matrimonio, mantener separados el amor y el sexo. El amor que moviliza al hombre entero, orienta el ejercicio de la sexualidad, la unión de los cuerpos. Y más aún, es precisamente en esa unión donde el amor puede manifestarse del modo más intenso: el acto conyugal, por su misma naturaleza, está destinado a ser el modo de expresión más fuerte del amor, el símbolo sensible de la unión de las almas. Cuanto más ama el hombre la pureza, mejor comprende que las cosas del sexo y la unión del acto conyugal no están dispuestas como accesorias sino como elementos indispensables y condiciones de su plenitud. Pero tampoco se puede separar el sexo del amor. Cuando dos esposos se aman con un amor extremo y están unidos con la más completa comprensión espiritual, la unión física es algo lleno de sentido que expresa admirablemente su mutua donación y confiere al matrimonio un carácter como de acabamiento y perfección que ellos conocen bien. En la medida en que esa unión sexual ya no es expresión adecuada del amor porque las almas no están tan perfectamente unidas, va perdiendo gradualmente su sentido

y hasta su poder de hacer feliz y llega a convertirse al fin, cuando se trata de un matrimonio desgraciado, en uno de los más penosos deberes. Y cuando el sexo se desvincula completamente del amor y se busca por sí mismo, entonces el hombre abandona su dignidad y profana también la dignidad del otro.

Un amor fuerte y lleno de ternura es, pues, una de las mejores garantías y sobre todo una de las causas más profundas de la pureza conyugal.

Pero hay todavía una causa más alta. La castidad, nos dice S. Pablo, es un «fruto del Espíritu»⁹, es decir, una consecuencia del amor divino. Para la guarda de la pureza en el matrimonio hace falta no sólo un amor delicado y respetuoso por la otra persona sino sobre todo un gran amor a Dios. El cristiano que intenta conocer y amar a Jesucristo encuentra en este amor un poderoso estímulo para su castidad. Sabe que la pureza acerca de un modo especial a Jesucristo y que la cercanía de Dios, prometida a los que guardan limpio el corazón¹⁰, es la garantía principal de esa misma limpieza.

Es cierto que el estado matrimonial tiene sus tentaciones específicas como cualquier otro género de vida, pero no sólo es algo completamente limpio y puro, sino —con la gracia de Dios— una ocasión especial de practicar la pureza. Los casados necesitan estimular esas disposiciones a las que nos hemos referido y fomentar la convicción de que la castidad no es una carga difícil de soportar —ni siquiera cuando el sacrificio se hace sentir con más fuerza— sino una «afirmación gozosa».

En muchos ambientes se considera sin ninguna discusión que la alegría de vivir y la plenitud de la existencia se consiguen en el placer sexual. Unas veces, pensando que este apetito es de la misma naturaleza que el hambre o la sed, y que puede saciarse por lo tanto de un modo parecido sin que cuente para nada la elección del compañero. Otras veces se recubre la defensa bestial de los derechos de la carne de una refinada capa de civilización y se piensa que, a condición de hacer un uso «razonable» de la potencia sexual y de no dejarse ir a la deriva, toda persona suficientemente madura puede y debe ejercer su actividad sexual cuando le plazca.

Hace falta por tanto un amor a la pureza verdaderamente apasionado —una «cruzada de virilidad y de pureza»— para no sólo trabajar en

9. Cfr. Gal 5, 23.

10. Cfr. Mt 5, 8.

contra del ambiente sino para alimentar la esperanza de purificarlo. La homilía navideña que citábamos al final del párrafo anterior es muy significativa acerca de la enseñanza constante del autor de *Camino* sobre el valor de la castidad en la vida de los esposos cristianos:

«La castidad —no simple continencia sino afirmación decidida de una voluntad enamorada— es una virtud que mantiene la juventud del amor en cualquier estado de vida. Existe una castidad de los que sienten que se despierta en ellos el desarrollo de la pubertad, una castidad de los que se preparan para casarse, una castidad de los que Dios llama al celibato, una castidad de los que han sido escogidos por Dios para vivir en el matrimonio. (...) No hay amor humano neto, franco y alegre si no se vive esa virtud de la castidad, que respeta el misterio de la sexualidad y lo ordena a la fecundidad y a la entrega. (...) Con respecto a la castidad conyugal, aseguro a los esposos que no han de tener miedo a expresar el cariño: al contrario, porque esa ilusión es la base de su vida familiar. Lo que les pide el Señor es que se respeten mutuamente y que sean mutuamente leales, que obren con delicadeza, con naturalidad, con modestia. Les diré también que las relaciones conyugales son dignas cuando son prueba de verdadero amor y, por tanto, están abiertas a la fecundidad, a los hijos.

Cegar las fuentes de la vida es un crimen contra los dones que Dios ha concedido a la humanidad y una manifestación de que es el egoísmo y no el amor lo que inspira la conducta. Entonces todo se enturbia, porque los cónyuges llegan a contemplarse como cómplices: y se producen disensiones que, continuando en esa línea, son casi siempre insanables.

Cuando la castidad conyugal está presente en el amor, la vida matrimonial es expresión de una conducta auténtica, marido y mujer se comprenden y se sienten unidos; cuando el bien divino de la sexualidad se pervierte, la intimidad se destroza y el marido y la mujer no pueden ya mirarse noblemente a la cara.

Los esposos deben edificar su convivencia sobre un cariño sincero y limpio y sobre la alegría de haber traído al mundo los hijos que Dios les haya dado la posibilidad de tener, sabiendo, si hace falta, renunciar a comodidades personales y poniendo fe en la providencia divina: formar una familia numerosa, si tal fuera la voluntad de Dios, es una garantía de felicidad y de eficacia —aunque afirmen otra cosa los santones equivocados de un triste hedonismo—¹¹.

11. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, o.c., n. 25.

4. *El carácter sacramental del matrimonio cristiano*

«El Matrimonio es un Sacramento santo. A su tiempo, cuando hayas de recibirlo, que te aconseje tu director o tu confesor la lectura de algún libro provechoso. -Y te dispondrás mejor a llevar dignamente las cargas del hogar». (*Camino*, 26).

Podría pensarse que la naturaleza sacramental que tiene el matrimonio para los cristianos es simplemente un aspecto más entre todos los que pueden considerarse en esta institución. Habría un aspecto biológico, otro psicológico, económico, moral, etc., en el matrimonio, y al lado de todos ellos, como uno más, un aspecto sacramental. El matrimonio cristiano sería el mismo matrimonio natural, la institución corriente que todo el mundo conoce, a la que se añade una particular ceremonia religiosa, que aparte de servir de recuerdo para los aniversarios, no tendría una excesiva influencia en el posterior desarrollo de la vida conyugal.

Podría pensarse de este modo en relación con el matrimonio cristiano, pero, de acuerdo con la teología católica, todo ello estaría mal pensado. La sacramentalidad no es un aspecto que pueda ponerse al lado de otros en la constitución del matrimonio, algo que se añade exteriormente a una institución que ya es compleja sin ese carácter, sino muy al contrario, la realidad decisiva que configura el matrimonio y sin la cual éste no puede ni siquiera nacer entre los bautizados. Esto significa que el matrimonio cristiano es, antes que nada, una cosa santa, algo que pertenece al mundo de las realidades sobrenaturales y a través del cual se comunica a los hombres la vida divina.

Según la emocionante doctrina tradicional, el matrimonio es una imagen de la unión de Cristo con la Iglesia¹². La estrecha unidad del hombre y la mujer es un esbozo de la profunda comunión entre el Señor y su Iglesia Santa, y la relación entre Jesús y su Esposa Inmaculada cumple hasta el límite todo lo que está aludido en el matrimonio de los hombres. Este viene a ser así una imagen de aquella profunda comunión. Pero una imagen llena de realidad: porque lo que sella la unión de los esposos en el matrimonio cristiano es justamente aquella misma vida que Cristo da a la Iglesia, la fuerza y el esplendor de la gloria del Señor Resucitado. La vida que se intercambia en la unión matrimonial, la que ha de animar después del bautismo el alma de los hijos no es una vida puramente natural y terrena sino la plenitud de la vida indestructible que Jesús regala in-

12. Cfr. Ef 5, 21-33.

cesantemente a su Iglesia. De este modo puede decirse que cada uno de los esposos se convierte en mediador de la gracia para el otro y que ambos quedan como consagrados a prestar un servicio especial dentro de la Iglesia: dar nuevos miembros al Cuerpo de Cristo, suscitar nuevas vidas que mediante el bautismo sean incorporadas a la comunidad de los creyentes.

De este modo cada uno de los esposos expresa para el otro el mejor de los estímulos para el amor de Cristo, porque así como en el matrimonio entre cristiano y no cristiano «éste es santificado por aquél», con mayor razón, en el caso del matrimonio entre cristianos, la oración, la fe y el amor de cada uno será el instrumento escogido por Dios para la santificación del otro.

El matrimonio apunta no sólo a la realización natural de las personas de los hijos y de los propios esposos sino al logro de la máxima plenitud en Dios, a la perfección sobrenatural de unos y otros. Ninguno de los valores puramente naturales pierden por eso su fuerza y su importancia: todos están (o pueden estar) presentes con su capacidad de enriquecer humanamente y de hacer feliz. Lo que sucede es que, por la fuerza del sacramento, esos valores se convierten en el ámbito de la vida de Cristo, logrando un nuevo fulgor y una nueva belleza. El matrimonio tiene, pues, «un suelo infinito del cual vivir»: el amor que constituye su alma y su núcleo más íntimo es un eco del amor con que Cristo nos ama y, en su última realidad, algo que proviene de los abismos del amor y de la felicidad misma de Dios.

No es fácil, por supuesto, sin una sólida formación y una vida de piedad intensa y sencilla, ser consciente de estas espléndidas realidades y lograr que ellas levanten el amor humano y envuelvan toda la vida hasta en sus aspectos más corrientes y cotidianos. La mayor parte de las veces, las felices consecuencias que podría tener esta manera de considerar el matrimonio para el desarrollo de la vida conyugal son dejadas a un lado y la falta de una fe viva y personal en Cristo reduce enormemente las grandes perspectivas de la doctrina católica sobre el matrimonio. Se contemplan sólo los aspectos humanos y se piensa que la intervención de la Iglesia es, en todo caso, una bendición con que ella quiere proveer a sus hijos en un momento particularmente importante de sus vidas: el deseo de que aquel camino arriesgado que entonces se emprende pueda llevarse a término sin excesivas dificultades. Pero muy poco se sospecha de una intervención operante de Dios en el corazón de aquellas relaciones familiares y

de una presencia de Cristo en la historia concreta de dos seres humanos que se aman.

Y sin embargo, quizá hoy más que nunca, las cosas están dispuestas para que en numerosos grupos de cristianos —cuya acción puede llegar a ser un fermento capaz de influir en grandes multitudes— estas verdades sean captadas con creciente claridad y la convicción del significado sacramental del matrimonio se abra paso con toda su admirable fuerza alentadora.

A grandes rasgos, esta es la doctrina del matrimonio de los cristianos que Mons. Escrivá de Balaguer proclamó y, con la gracia de Dios, tanto contribuyó a extender en el mundo. Recordó a muchos hombres y mujeres que la castidad matrimonial, el amor de casados —siempre lozano y juvenil—, el ejercicio de la paternidad, la vida de familia, pueden ser medios y métodos incomparables para divinizar la vida. Osó decirles —como la Iglesia ha dicho siempre— que en esta empresa de levantar sobrenaturalmente la vida conyugal, la virginidad debe servirles siempre de ejemplo y estímulo. Que, puesto que la «virginidad realiza lo que el matrimonio significa» ese ideal —«la intacta integridad del corazón»— puede proponerse al matrimonio como su máximo acicate.

Escribió también y predicó para muchos otros matrimonios —incluso de no cristianos— que, sin comprender del todo la hondura sobrenatural de su camino, van al matrimonio con la ilusión, quizá, de realizar una obra de perfección humana y de encontrar en ello la felicidad, pero sin el entusiasmo de acometer también una obra de perfección divina y de llegar a Dios a través de su vida de casados. Esposos que no imaginan que la virginidad tenga mucho que ver con su propia familia y piensan que la entrega a Dios de algunos de sus hijos, o es un abrigado refugio para el que no tienen mucho que hacer entre los hombres o es un inexplicable despilfarro. Ofreció siempre al deseo de superación de esos hombres y mujeres la alegre y exigente doctrina de Jesucristo. Y esperó que, en muchos de ellos, sus palabras pudieran despertar un sobresalto de curiosidad, una noble inquietud.

J. M. Martínez Doral
Facultad de Derecho
Universidad de Navarra
Pamplona

